

## VII

## Azarque el granadino—II

(Anónimo)

—Recoge la rienda un poco ;  
 pára el caballo que aguija  
 medroso del acicate  
 con que furioso le picas :  
 que, sin uso de razón,  
 á mi parecer te avisa  
 de aquel venturoso tiempo,  
 que tú desleal olvidas,  
 cuando ruabas mi calle,  
 midiendo de esquina á esquina  
 con sus corvetas el suelo,  
 mis ventanas con tu vista.  
 ¡Oh cruel á mi memoria,  
 pues por ella me castigas,  
 abrasando mis entrañas  
 con esas entrañas frías !  
 ¡Qué de prendas que fiaba  
 de tu voluntad fingida !  
 ¡Qué de verdades me debes !  
 Y yo á ti ¡ qué de mentiras !  
 Ayer temiste á mis ojos,  
 hoy vences á quien temías :  
 que amor y tiempo, en mil años,  
 no están iguales un día.  
 Pensaba yo que en tu nombre  
 mi esperanza fuera rica,  
 en prendas de quien tú eres,  
 y de quien son mis caricias.

¿ Adónde enseñan engaños ?  
 Por merced que me lo digas :  
 defenderéme del tiempo,  
 y de ti no tendré envidia.  
 ¡ Mas bien pudiera saberlo  
 si yo saberlo quería,  
 cuando escuché tus razones  
 y ví tus quejas escritas !  
 Disculpas pensabas darme :  
 no quiero que me las digas :  
 para la dama que engañas  
 será mejor que te sirvan.  
 Ya te cansas de escucharme,  
 bien será que te despidas  
 de mi alma y de mis ojos,  
 como de mis celosías.—  
 Esto dijo al moro Azarque  
 la bella Zaida de Olias,  
 y cerrando su balcón,  
 dió principio á sus desdichas.  
 El moro picó el caballo,  
 y hacia el terrero le guía,  
 murmurando de su estrella,  
 que á mil mudanzas le inclina.

## VIII

## Gazul—I

(Anónimo)

Por la plaza de Sanlúcar  
 galán paseando viene  
 el animoso Gazul,  
 de blanco, morado y verde.

Quiérese partir el moro  
 á jugar cañas á Gelves,  
 que hace fiestas el Alcaide  
 por las treguas de los reyes.  
 Adora una bella mora,  
 reliquia de los valientes  
 que mataron en Granada  
 los Cegríes y Gomeles.  
 Por despedirse y hablarla  
 vuelve y revuelve mil veces,  
 penetrando con los ojos  
 las venturosas paredes;  
 y al cabo de un hora de años  
 de esperanzas impacientes,  
 vióla salir á un balcón  
 haciendo los años breves;  
 y arremetiendo al caballo  
 por ver el sol que amanece,  
 haciendo que se arrodille  
 y el suelo en su nombre bese,  
 con voz turbada la dice:  
 —No es posible sucederme  
 cosa triste en esta empresa,  
 habiéndote visto alegre.  
 Allá me llevan sin alma  
 obligación y parientes;  
 mas volverá mi cuidado  
 por ver si de mí le tienes.  
 Dame una empresa ó memoria,  
 y no para que me acuerde,  
 sino para que me adorne,  
 guarde, acompañe y esfuerce.—  
 Celosa estaba Celinda,  
 que envidiosos, como suelen,  
 á Zaida la de Jerez  
 dicen que de nuevo quiere.

Airada responde al moro:  
 —¡ Si en las cañas te sucede  
 como mi pecho desea  
 y el tuyo falso merece,  
 no volverás á Sanlúcar  
 tan ufano como sueles,  
 á los ojos que te adoran  
 y á los que más aborreces!  
 Mas plegue á Alá que en las cañas  
 los enemigos que tienes  
 te tiren secretas lanzas  
 porque mueras como mientes;  
 y que traigan fuertes jacos  
 debajo los alquicerés,  
 porque si quieres vengarte  
 acabes y no te vengues.  
 Tus amigos no te ayuden,  
 tus contrarios te atropellen,  
 porque muerto en hombros salgas  
 cuando á matar damas entres;  
 y que en lugar de llorarte  
 las que engañas y entretienes  
 con maldiciones te ayuden,  
 y de tu muerte se huelguen.—  
 El moro piensa que burla,  
 que es propio del inocente,  
 y alzándose en los estribos  
 tomarle la mano quiere:  
 —Miente, le dice, señora,  
 el moro que me revuelve,  
 á quien esa maldición  
 le caiga, porque me vengue.  
 Mi alma aborrece á Zaida,  
 y de su amor se arrepiente,  
 que su desdén y tu amor  
 han hecho mi fuego nieve.

¡ Malditos sean tres años  
 que la servi por mi suerte,  
 pues me dejó por un moro  
 más rico de pobres bienes!—  
 Oyendo aquesto Celinda  
 aquí la paciencia pierde,  
 cerró la ventana airada,  
 y al moro el cielo que tiene.  
 Pasaba entonces un paje  
 con sus caballos jinetes,  
 que los llevaba gallardos  
 de plumas y de jaeces.  
 La lanza con que ha de entrar  
 toma, y furioso arremete,  
 haciéndola mil pedazos  
 contra las fuertes paredes,  
 y manda que sus caballos,  
 jaeces y plumas truequen,  
 de verdes en leonadas,  
 y parte furioso á Gelves.

## IX

## Gazul—II

(Anónimo)

Estando toda la corte  
 de Almanzor, rey de Granada,  
 celebrando del Bautista  
 la fiesta entre moros santa,  
 con ocho moros vestidos  
 de negro y tela de plata,  
 que llevan ocho rejonos  
 y en ellos mil esperanzas,

seguros de su ventura,  
 de muchas pruebas pasadas,  
 y más en el fuerte brazo  
 que ha dado al mundo fianzas,  
 que algunas veces la suerte  
 suele á los hombres de fama  
 llevarlos por los cabellos  
 á la fortuna contraria;  
 entra el valiente Gazul  
 señoreando la plaza,  
 que con ir solo por ella  
 toda la ocupa y levanta:  
 hijo de sí por sus obras,  
 para gloria de su fama,  
 y para nobleza suya,  
 es alcaide de la Algava.  
 Los ojos del pueblo lleva  
 el caballo entre las plantas,  
 y en los apacibles suyos  
 los hermosos de las damas.  
 Pasa delante del Rey,  
 del príncipe y de la infanta,  
 y haciendo su cortesía,  
 el caballo y lanza pára.  
 Después del galán paseo  
 en que fué vista su gala,  
 los toros salen al coso  
 y al riesgo de su pujanza.  
 El moro toma un rejón  
 y el diestro brazo levanta:  
 furioso acomete y pica,  
 uno encuentra y otro pasa.  
 Del toro el aliento frío  
 el rostro al caballo espanta,  
 y la espuma del caballo  
 al toro ofende la cara.

Admirada está la corte  
 del airoso brío y gracia,  
 porque ningún lance pierde  
 y mil voluntades gana.  
 En este tiempo la suerte  
 á la postrera le llama,  
 porque sale un bravo toro,  
 famoso entre la manada,  
 no de la orilla del Betis,  
 ni Genil, ni Guadiana,  
 fué nacido en la ribera  
 del celebrado Jarama:  
 Bayo, el color encendido,  
 y los ojos como brasa,  
 arrugados frente y cuello,  
 la frente vellosa y ancha,  
 poco distantes los cuernos,  
 corta pierna y flaca anca,  
 espacioso el fuerte cuello,  
 á quien se junta la barba;  
 todos los extremos negros,  
 la cola revuelta y larga,  
 duro el lomo, el pecho crespo,  
 la piel sembrada de manchas.  
 Harpado llaman al toro  
 los vaqueros de Jarama.  
 conocido entre los otros  
 por la fiereza y la casta.  
 En cuatro brincos se pone  
 en la mitad de la plaza,  
 y casi en la blanda arena  
 el hendido pié no stampa.  
 Sale al encuentro Gazul,  
 como si fuera montaña,  
 alzando el brazo en el hombro  
 vibrando al rejón el asta:

saca el codo junto al pecho,  
 llega el puño, el brazo saca,  
 y picando el fuerte cuello,  
 cuero, carne y vida rasga.  
 El fiero toro derriba,  
 el suelo mide la espalda,  
 los piés que en la tierra herian  
 al cielo vuelven las plantas;  
 con el furor natural  
 vuelve á un lado, prueba y alza  
 la tierra, que el cuerpo herido  
 no tiene más que arrogancia;  
 de cuya herida en un punto  
 revuelta en la sangre, escapa  
 la vida, dejando á muchos  
 envidia de tal hazaña.  
 Juntóse el moro valiente,  
 á quien sigue y acompaña,  
 oyendo los parabienes  
 de caballeros y damas;  
 porque otra cosa no escucha  
 desde andamios y ventanas,  
 sino que fué grande suerte  
 de aquel famoso de Algava.

## X

## \* Zaide—I

(Anónimo)

Zaide ha prometido fiestas  
 á las damas de Granada,  
 porque dicen que su ausencia  
 de fiestas las tiene faltas;

y para poder cumplir  
 lo que promete á las damas,  
 concierta con sus amigos  
 de hacerles fiestas y zambras.  
 Entre muchas que imagina,  
 concierta una encamisada,  
 para las damas secreta,  
 y para el vulgo callada.  
 Y antes que la clara aurora  
 el pecho se rasgue y abra,  
 entra el venturoso moro  
 con su ilustre camarada:  
 hecha escuadra de cincuenta  
 va toda bien concertada.  
 Cegries con los Gomeles,  
 Azarques con los Audallas,  
 Vanegas y Portoloses,  
 Abencerrajes y Mazas,  
 Alfaries y Achapices,  
 Fordaques con los Ferraras,  
 madrugan para coger  
 á las damas descuidadas,  
 deseosos de ver libre  
 lo que encubren tocas blancas.  
 Cabezas y cuerpos ciñen  
 de unas floridas guirnaldas;  
 muchas cañas llevan verdes,  
 y en las manos blancas hachas.  
 Ya los clarines comienzan,  
 ya las trompas y dulzainas,  
 ya los gritos y alaridos,  
 ya las voces y algazara,  
 ya los añafles tocan,  
 ya les responden las cajas,  
 y el envidioso Albaicín  
 con mil ecos acompaña.

Los azorados caballos  
 con los cascabeles andan,  
 moviendo tanto ruido,  
 que á la ciudad amenazan.  
 Unos corren, otros gritan,  
 otros dicen: Pára, pára,  
 sigan orden, vayan todos  
 la calle de la Alcazaba.  
 Otros dicen: La Gerea  
 no se deje, ni su plaza;  
 otros, de Vavataubín  
 vuelvan luégo á la Alpujarra,  
 la calle de los Gomeles,  
 la plaza de Vivarrambla.  
 Corran toda la ciudad,  
 viva Albolún, y el Alcázar.  
 Las damas que el dulce sueño  
 las tiene muy descuidadas,  
 al ruido despiertan todas,  
 y acuden á sus ventanas.  
 Cuál muestra suelto el cabello  
 preso de una mano blanca;  
 cuál por descuido no cubre  
 su blanco pecho y garganta.  
 Descuidadas salen todas  
 al cuidado alborótadas,  
 aunque del cuidado nacen  
 á cada mora mil ansias.  
 De pechos y en pechos puesta  
 á la ventana asomada,  
 está tan bella una mora,  
 que mil pechos abrasaba.  
 Miran las moras la fiesta,  
 cómo corren, cómo paran,  
 y tan sólo Zaida mira  
 al aposento de su alma.

Zaide corre una carrera,  
y Muza su camarada;  
luégo todos á la folla  
corren la cascabelada.  
Tanto se enciende la fiesta,  
y con tantas veras anda,  
que no se viera la fin  
si el sol no les madrugara.  
Determinan recogerse,  
dejan la fiesta acabada,  
piden lugar á la gente,  
diciéndola: Aparta, aparta.

## XI

## Zaide—II

(Anónimo)

Mira, Zaide, que te aviso  
que no pases por mi calle,  
ni hables con mis mujeres,  
ni con mis cautivos trates,  
ni preguntes en qué entiendo,  
ni quién viene á visitarme,  
ni qué fiestas me dan gusto,  
ni qué colores me placen.  
Basta que son por tu causa  
las que en el rostro me salen,  
corrida de haber querido  
moro que tan poco sabe.  
Confieso que eres valiente,  
que rajás, hiendes y partes,  
y que has muerto más cristianos  
que tienes gotas de sangre;

que eres gallardo jinete,  
y que danzas, cantas, tañes,  
gentil hombre, bien criado,  
cuánto puede imaginarse;  
blanco, rubio por extremo,  
esclarecido en linaje,  
el gallo de las bravatas,  
la gala de los donaires;  
que pierdo mucho en perderte,  
que gano mucho en ganarte,  
y que si nacieras mudo  
fuera posible adorarte.  
Mas por este inconveniente  
determino de dejarte:  
que eres pródigo de lengua,  
y amargan tus libertades,  
y habrá menester ponerte  
quien quisiere sustentarte,  
un alcázar en el pecho,  
y en los labios un alcaide.  
¡Mucho pueden con las damas  
los galanes de tus partes!  
Porque los quieren briosos,  
que hiendan y que desgarran;  
y con esto, Zaide amigo,  
si algún banquete les haces,  
el plato de tus favores  
quieres que coman y callen.  
¡Costoso fué el que me hiciste!  
¡Venturoso fueras, Zaide,  
si conservarme supieras  
como supiste obligarme!  
Pero no saliste apenas  
de los jardines de Tarfe,  
cuando hiciste de tus dichas  
y de mi desdicha alarde,